



JULIÁN HERBERT



**Canción de tumba
(Fragmentos)**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Carolina Domínguez
Voz Viva



VVM - 139

Primera edición en CD, diciembre 2018

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN 978-607-30-1441-0

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."
Impreso y hecho en México.



JULIÁN HERBERT



**Canción de tumba
(Fragmentos)**

Presentación

León Plascencia Ñol



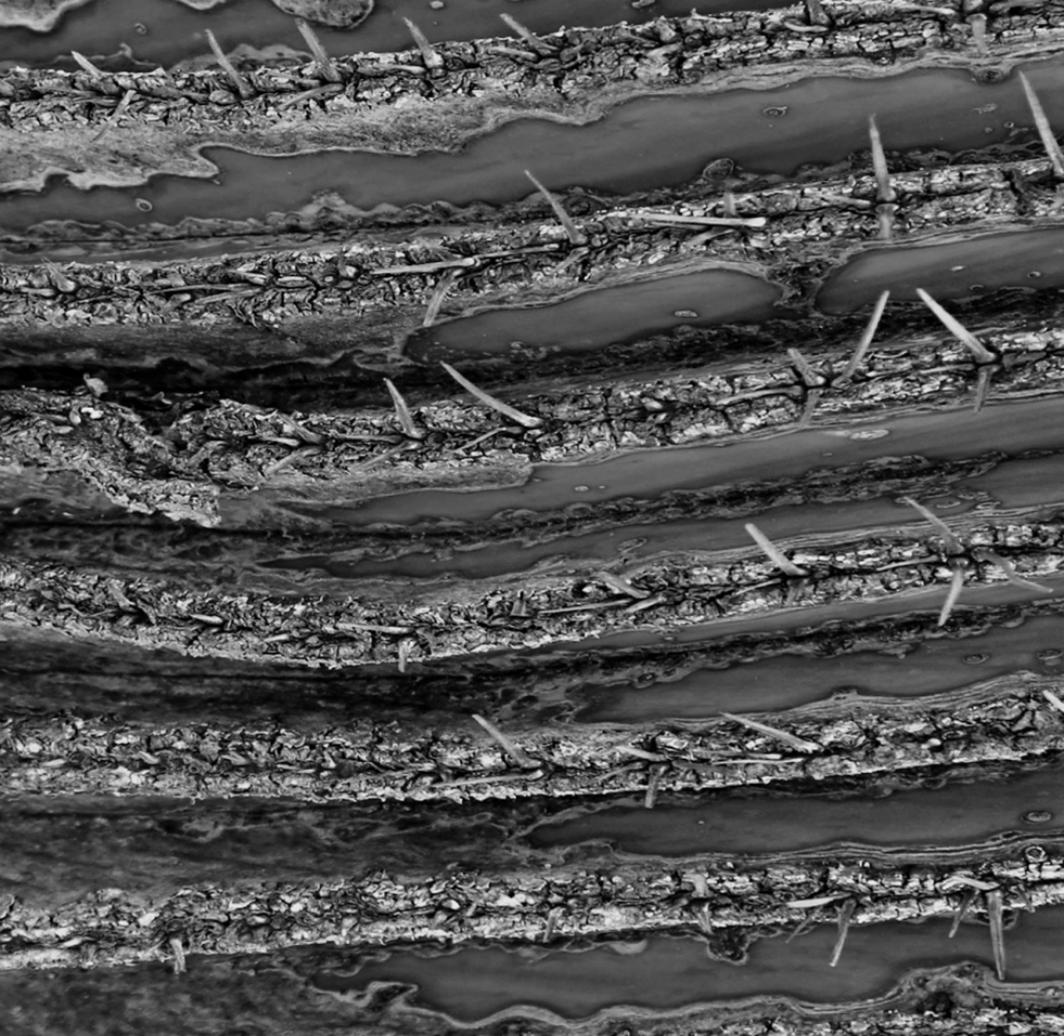
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Julián Herbert. Nació en Acapulco en 1971. Es autor de cinco libros de poemas; de las novelas *Un mundo infiel* y *Canción de tumba*; de los libros de cuentos *Cocaína (manual del usuario)* y *Tráiganme la cabeza de Quentin Tarantino*, y de la crónica histórica *La casa del dolor ajeno*. Algunos de sus libros están traducidos al inglés, francés, portugués, italiano y alemán.
Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



León Plascencia Nól. Escritor, editor y artista visual. Tiene publicados más de veinte libros, entre poesía, cuento, novela y crónica. Ha trabajado como editor en revistas, periódicos y editoriales. Dirige su propia editorial desde el año 2000. Su obra literaria ha obtenido reconocimientos y premios tanto nacionales como internacionales. Está traducido parcialmente al francés, inglés, coreano, sueco y portugués. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Notas para una canción

León Plascencia Ñol 9

DEL LIBRO *CANCIÓN DE TUMBA*

(FRAGMENTOS) 17

I

“I DON’T FUCKIN’ CARE ABOUT SPIRITUALITY”

(FRAGMENTOS) 21

MAMÁ CALAVERA 27

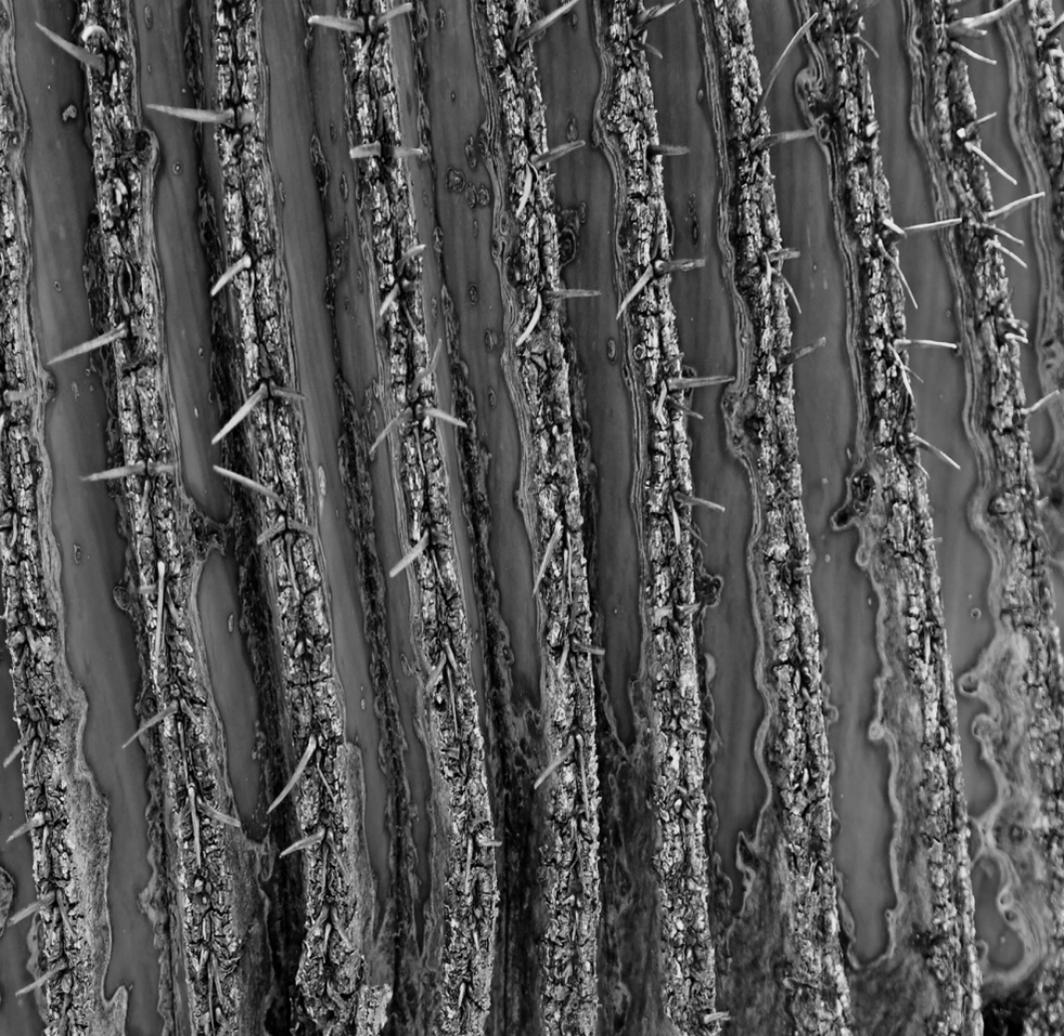
MAMÁ LEUCEMIA

(FRAGMENTOS) 41

III

LA VIDA EN LA TIERRA

(FRAGMENTOS) 53





PRESENTACIÓN
Notas para una canción
León Plascencia Ñol

1

Una llamada telefónica. Una voz al otro lado de la línea. Recuerdo que era un mediodía luminoso, o no; mejor: un mediodía con una luz amarillenta que caía por la ventana de mi apartamento en Guadalajara; tenía poco de haber vuelto de una larga estadía en Seúl. Del otro lado de la línea estaba Julián Herbert, regresaba del hospital, se escuchaba cansado. Llevaba unos cuantos días o pocas semanas cuidando a su madre enferma y aún no sabía cuánto tiempo más iban a estar en el hospital. Las noticias no eran muy alentadoras. Julián y yo charlamos cerca de una hora, recuerdo en este momento, pero quizá la memoria engaña, sobre algunos proyectos que teníamos en mente, pero sobre todo, hablamos de las noches y los días que pasaba él sentado al lado de su madre, quien permanecía en la



cama, luchando contra la leucemia. Aún no sabíamos el desenlace fatal que vendría pronto, aún no sabíamos que la muerte ya rondaba terca por esos pasillos. Le pregunté que si él era el que estaba la mayor parte del tiempo en el hospital y me dijo, en algún momento, que sí, que aprovechaba las horas muertas para tratar de leer un poco o tomar algunas notas de algo que aún no sabía muy bien en qué iba a terminar. Que esa era la manera de pasar el tiempo. Nos despedimos y le prometí estar al tanto de las noticias, de lo que pasara. Prometí llamarle de manera constante.

2

Julián lo ha contado en innumerables entrevistas pero también lo narra en *Canción de tumba*: estar en ese hospital, cuidando a su madre día y noche, le permitió, sin saberlo él, tener una experiencia directa con el dolor y con la muerte. Aunque recuerdo también una historia que me contó en el año 2000 en un autobús. Julián es un adolescente y convive con otros adolescentes; uno de ellos presume una pistola con tan mala suerte que se dispara matando a uno de ellos. Recuerdo que escuché la historia durante



el trayecto. Dolor y muerte. *Canción de tumba* es, entre muchas otras cosas, un largo poema de despedida a la madre y también al joven que fue el autor. ¿Cómo narrar eso? ¿Desde dónde instalarse para contar una historia en donde están involucrados el narrador —él mismo— y su madre? ¿Cómo escribir, qué contar, de qué manera?

3

Narrativa de autoficción, en *Canción de tumba*, un narrador que lleva el mismo nombre que el autor escribe sobre la enfermedad de su madre —padece leucemia—, su estancia en el hospital y su muerte; sobre la relación que el narrador tiene con su mujer y con su futuro hijo; sobre la historia del narrador —su pasado lejano viviendo en diferentes lugares— y también sobre el hundimiento paulatino de un México anegado en corrupción y podredumbre.

Canción de tumba está escrita en una prosa con pespuntos aforísticos y líricos, a través de un ritmo que por momentos se vuelve vertiginoso, y por otros trabaja con pausas que parecen cortadas por un punzón hiriente.



Esta prosa es uno de los grandes aciertos del libro y de este narrador, que proviene de las filas de la poesía, y que sabe tensar muy bien el lenguaje. Las historias se van enlazando desde la voz de ese personaje llamado Julián Herbert, un hombre cercano a los cuarenta, cansado, obsesivo, quien ve cómo el mundo –su mundo– (su madre enferma, un hijo en camino), se destruye y vuelve a construirse, y busca dejar constancia de ello.

Canción de tumba es una novela potentísima que desde las primeras frases pone la historia frente a los ojos del lector. Sabemos nosotros, los lectores, desde las primeras páginas, cuál será el final, cómo tendrá que cerrarse esa historia dolorosa; lo que importa es cómo Herbert nos cuenta lo sucedido como si fuera un encantador de serpientes. Algo nos atrapa, algo nos seduce siempre.

4

En *Mi madre*, Richard Ford cuenta su relación con su progenitora a través de una prosa seca y llana; intenta contar sin aspavientos la relación particular que tenía con su madre. En *El libro de mi madre*, Albert Cohen



desnuda sus emociones y su orfandad y escribe una novela de amor profundo y desamparo. En *Rosas daños*, Jenny Tunedal anota, de manera puntual, en versos cortantes, la locura y hospitalización de su madre. En *Ensayo de cristal*, Anne Carson entrelaza su historia, la de su madre y la de Emily Brontë. En estos libros de narrativa y de poesía, la madre es el centro neurálgico. Se cuenta una vida pero también hay una disección de una época. De cierta manera *Canción de tumba* se inserta en esta tradición. Se escribe sobre la figura materna, y casi como si de un diario se tratara, se va desbrozando una vida.

5

Hay que tener valentía para escribir sobre la muerte de los seres queridos. Pero no sólo eso. Es decir, no basta tan sólo la valentía para sentarse frente a una computadora o una máquina de escribir, hace falta un enorme talento, un largo y depurado oficio para construir una obra bien cimentada.

Sorprende la capacidad de Herbert para narrarnos la agonía y la enfermedad de su madre, pero también, como si fuera una gran metáfora



del mundo, de la patria, la agonía y la enfermedad de nuestro país. Se narra, es decir, la voz narradora cuenta, dice, desde una respiración con ligeros movimientos asmáticos: la novela está escrita con oraciones que imitan esa respiración agitada: oraciones largas, rotas abruptamente por oraciones cortas. Eso le da a la narración un sentido de brillantez y dislocación. Se narra desde adentro de la enfermedad, desde adentro de un país que sangra, desde adentro de lo que morirá pronto.

Habría que resaltar el hecho de que a pesar de que se cuentan hechos dolorosos para el autor, de alguna manera éste consigue que su prosa no sea ni lastimera ni melodramática. Es una prosa que disecciona y sutura al mismo tiempo.

6

Los meses que siguieron –hospitalización y posterior fallecimiento de Guadalupe–, hablaba muchas veces con Herbert algunos minutos, pero siempre tratando de respetar su silencio y ensimismamiento. Eran charlas telefónicas casi con monosílabos. Con la muerte de un ser querido entramos,



los dolientes, en un estado de extrañamiento: estamos en el mundo pero es como si no estuviéramos, hay enormes picos emocionales, todo tiene otro brillo distante, seco. Las charlas eran para que Herbert supiera que los amigos, que la familia, seguía ahí. También sabíamos los amigos que Julián escribía algo, que ese *algo* avanzaba, que era un río caudaloso, desbordado. Pero nunca imaginamos la importancia que tendrían esas notas, ni que se convertirían en la novela portentosa que es ahora.

7

Desde el primer momento de la publicación de *Canción de tumba* –novela que en su primera edición salió publicada en España porque se creía que en México no tendría lectores–, tuvo un éxito notable. Ganó un premio que hizo que el libro fuera más visible. Y a partir de ahí comenzó a tener la multitud de lectores con los que cuenta ahora, y las múltiples traducciones que tiene. Pero quizá lo importante es que *Canción de tumba* es una de las grandes novelas mexicanas de los últimos años por mérito propio. *Canción de tumba* es una canción de amor por la madre muerta, una canción de



amor por el hijo que vendrá, y una canción de adiós por el joven que fue ese narrador.

El poeta Francisco Hernández dice que empezamos a envejecer o a ser adultos cuando muere nuestra madre. *Canción de tumba* está ahí para afirmarlo.



DEL LIBRO *CANCIÓN DE TUMBA*
(FRAGMENTOS)

Madre solo hay una. Y me tocó.

ARMANDO J. GUERRA

De niño quería ser científico o doctor. Un hombre de bata blanca. Más pronto que tarde descubrí mi falta de aptitudes: me tomó años aceptar la redondez de la Tierra. En público fingía. Una vez en el salón (uno de tantos, porque cursé la primaria en nueve escuelas distintas) expuse ante mi grupo, sin pánico escénico, los movimientos de traslación y rotación. Como indicaba el libro, representé estos procesos atravesando con mi lápiz una naranja decorada con crayón azul. Memorizaba cada cuenta ilusoria, los gajos perpetuados en actitud de giro, las horas y los días, el tránsito del sol... Pero por dentro, no. Vivía con la angustia orgullosa y lúcida que hizo morir desollados a manos de san Agustín a no pocos heresiarcas.

Mamá fue la culpable. Viajábamos tanto que para mí la Tierra era un polígono de mimbre limitado en todas direcciones por los rieles del tren.



Vías curvas, rectas, circulares, aéreas, subterráneas. Atmósferas ferrosas pero leves semejando una catástrofe de cine donde los hielos del polo chocan entre sí. Límites limbo como un túnel, celestes como un precipicio tarahumara, crocantes como un campo de alfalfa sobre el que los durmientes zapatean. A veces, subido en una roca o varado en un promontorio de la costera Miguel Alemán, miraba hacia el mar y creía ver vagones amarillos y máquinas de diesel con el emblema N de M traqueteando espectrales más allá de la brisa. A veces, de noche y desde una ventanilla, pretendía que las luciérnagas bajo el puente eran esas galaxias vecinas de las que hablaba mi hermano mayor. A veces, mientras dormía tirado en un pasillo metálico abrazando a niños desconocidos, o de pie entre decenas de cuerpos hacinados que olían a sorgo fresco y sudor de cuatro días, o con el esqueleto contrahecho sobre duras butacas de madera, soñaba que la forma y la sustancia del planeta cambiaban a cada segundo. Una tarde, mientras el ferrocarril hacía patio en Paredón, decidí que el silbato de la locomotora anunciaba nuestro arribo al fin del mundo.

Todo esto es estúpido, claro. Me da una lástima bárbara. Especialmente hoy, cuando veo a mamá desganzada e inmóvil sobre su cama de hospital



con los brazos llenos de moretones por agujas, conectada a venopacks traslúcidos manchados de sangre seca, trasformada en un mapa químico mediante letreritos que publican a pluma Bic y con errores ortográficos la identidad de los venenos que le inyectan: Tempra de un gramo, Cefotaxima, Citarabina, Antraciclina, Ciprofloxacino, Doxorubicina, soluciones mixtas de un litro embozadas en bolsas negras para proteger a la ponzoña de la luz. Llorando porque su hijo más amado y odiado (el único que alguna vez pudo salvarla de sus pesadillas, el único a quien le ha gritado “tú ya no eres mi hijo, cabrón, tú para mí no eres más que un perro rabioso”) tiene que darle de comer en la boca y mirar sus pezones marchitos al cambiarle la bata y llevarla en peso al baño y escuchar -y oler: con lo que ella odia el olfato- cómo caga. Sin fuerzas. Borracha de tres transfusiones. Esperando, atrincherada en el tapabocas, a que le extraigan otra muestra de médula ósea. Lamento no haber sido por su culpa, por culpa de su histérica vida de viajes a través de todo el santo país en busca de una casa o un amante o un empleo o una felicidad que en esta Suave Patria no existieron nunca, un niño modelo: uno capaz de creer en la redondez de



la Tierra. Alguien que pudiera explicarle algo. Recetarle algo. Consolarla mediante un oráculo de podredumbre racional en esta hora en que su cuerpo se estremece de jadeos y miedo a morir.



I

“I DON’T FUCKIN’ CARE ABOUT SPIRITUALITY”

(Fragmentos)

Mamá nació el 12 de diciembre de 1942 en la ciudad de San Luis Potosí. Previsiblemente, fue llamada Guadalupe. Guadalupe Chávez Moreno. Sin embargo ella asumió -en parte por darse un aura de misterio, en parte porque percibe su existencia como un evento criminal- un sinnfín de alias a lo largo de su vida. Se cambiaba de nombre con la desfachatez con que otra se tiñe o riza el pelo. A veces, cuando llevaba a sus hijos de visita con los amigos narcos de Nueva Italia, las señoritas viejas de Irapuato para las que había sido sirvienta cuando recién huyó de casa de mi abuela en Monterrey (hay una foto: tiene catorce años, está rapada y lleva una blusa con aplicaciones que ella misma incorporó a la tela), las fugaces tías políticas de Matamoros o Lázaro Cárdenas o Villa de la Paz, nos instruía:

-Aquí me llamo Lorena Menchaca y soy prima del karateca.



-Aquí me dicen Vicky.

-Aquí me llamo Juana, igual que tu abuelita.

(Mi abuela, comúnmente, la llamaba Condenada Maldita mientras la sujetaba de los cabellos para arrastrarla por el patio, estrellándole el rostro contra las macetas.)

La más constante de estas identidades fue la de Marisela Acosta. Con ese nombre, mi madre se dedicó durante décadas al negocio de la prostitución.

El seudónimo tiene un roce de verdad. El padre biológico de Guadalupe se llamaba Pedro Acosta. Era músico (hay una foto: toca el tresillo al frente de su grupo Son Borincano con mi tío abuelo Juan -hermano de mi abuela Juana-en la guitarra), y se supone que andando el tiempo llegó a ser propietario de bodegas de percederos en La Merced. Mamá lo conoció muy poco. Quizá llegó a verlo una vez, o a lo mejor ninguna y nada más lo imagina. Quien la asumió como su hija fue un padrastro: mi abuelo Marcelino Chávez.

No sé en qué momento se volvió Marisela; así se llamaba cuando yo la conocí. Era bellísima: bajita y delgada, el cabello lacio cayéndole hasta la cintura, el cuerpo macizo y unos rasgos indígenas desvergonzados y



relucientes. Pasaba de los treinta pero lucía mucho más joven. Era muy a gogó: aprovechando que tenía caderas anchas, nalgas bien formadas y un estómago plano, se vestía solo con unos jeans y un ancho paliacate cruzado sobre sus magros pechos y atado por la espalda.

De vez en cuando se hacía una cola de caballo, se calzaba unos lentes oscuros y, tomándome de la mano, me llevaba por las deslucidas calles de la zona de tolerancia de Acapulco (a las ocho o nueve de la mañana, mientras los últimos borrachos abandonaban La Huerta o el Pepe Carioca y mujeres envueltas en toallas asomaban a los dinteles metálicos de cuartos diminutos para llamarme “bonito”) hasta los puestos del mercado, sobre la avenida del canal. Con el exquisito abandono y el spleen de una puta desvelada, me compraba un chocomilk licuado en hielo y dos cuadernos para colorear.

Todos los hombres viéndola.

Pero venía conmigo.

Ahí, a los cinco años, comencé a conocer, satisfecho, esta pesadilla: la avaricia de ser dueño de algo que no logras comprender.



Salgo del hospital luego de las primeras treinta y seis horas de guardia. Mónica pasa por mí en el auto. La luz de la vida real me parece bruta: una leche bronca pulverizada y hecha atmósfera. Mónica me pide que junte las facturas por si resultan deducibles de impuestos. Agrega que mi ex patrón le prometió cubrir a nombre del instituto de cultura una parte de los gastos. Que Maruca se ha portado bien pero me extraña horrores. Que están recién regados el jardín, la ceiba, la jacaranda. No entiendo lo que dice: no logro hacer la conexión emocional. Respondo sí a todo. Agotamiento. Hacen falta la destreza de un funámbulo y el furor de un desequilibrado para dormir sobre una silla sin descansabrazos, lejos del muro y muy cerca del reggaetón que transmite la radio desde la centralita de enfermeras: atrévete te te salte del clóset destápate quítate el esmalte deja de taparte que nadie va a retratarte. Una voz dentro de mi cabeza me despertó a mitad de la madrugada. Decía: “No tengas miedo. Nada que sea tuyo viene de ti”. Me di un masaje en la nuca y volví a cerrar los ojos: supuse que sería un koan de mercachifles dictado por la adivina Mizada Mohamed desde el televisor encendido en el cuarto de junto. No es la



realidad lo que lo vuelve cínico a uno. Es esta dificultad para conciliar el sueño en las ciudades.

Llegamos a casa. Mónica abre el portón, encierra el Atos y dice:

-Si quieres, después de almorzar puedes venir un ratito al jardín para leer y tomar sol. Siempre es buena noticia que el sol salga.

Desearía burlarme de mi mujer por decir cosas tan cursis. Pero no tengo fuerzas. Además el sol cae con un bliss palpable sobre mis mejillas, sobre el césped recién regado, sobre las hojas de la jacaranda... Me derrumbo en la hierba. Maruca, nuestra perra, sale a recibirme haciendo cabriolas. Cierro los ojos. Ser cínico requiere de retórica. Tomar el sol, no.





MAMÁ CALAVERA

Un Día de Muertos soñé que la calaca era mi madre. Habíamos recorrido medio Michoacán: Uruapan, Playa Azul, Nueva Italia, Venustiano Carranza, Santa Clara, Paracho... Parábamos en hoteles fantasmales. En la incómoda cabina de una troca. En semiderruidas casas cuya única iluminación era un quinqué. No lo hicimos por turismo, no lo hicimos por altruismo; formábamos parte de la fanática porra que seguía la estela de una gloriosa escuadra en vías de extinción: Los Madrugeros del Balsas. Un equipo de futbol en cuyas filas militaban el Garras, el chaparro Mel, Eldeazul, la Torre Mijares, el Ciclón. Cantineros y meseros del prostíbulo en ciudad Lázaro Cárdenas donde mi madre se ganaba la vida.

Alguien vino a contarnos -esto fue unos años antes de que el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas asumiera la gubernatura priísta y arruinara mi niñez con la implantación de una biliosa ley seca- que el negocio prosperaba en ese pueblo gracias a la nueva carretera y el auge del acero que derramaba



sus bondades sobre la siderúrgica Las Truchas. Cientos de obreros solitarios recién desenraizados de la sierra de Guerrero y Oaxaca visitaban nerviosamente, a todas horas, las tiendas de las putas. Ex guerrilleros desengañados y desertores del ejército y prófugos de la cosecha de la copra o la amapola que un día cualquiera amanecieron disfrutando, por primera vez, un empleo de bajo riesgo, un sueldo respetable y un aguinaldo gordo.

Para tantear el terreno, nos mudamos mamá y yo desde Querétaro dejando a mis hermanos provisoriamente al cuidado de la señora Duve. Como no teníamos para pagar el sueldo de otra nana y la renta de una casa, mamá convenció al encargado del negocio de que me permitiera vivir a escondidas en el cuartito que ella alquilaba al fondo del prostíbulo. Para tranquilizar la conciencia del sujeto, tuvo que prometerle -como si aquello fuera no un putero sino una casa de huéspedes para señoritas- que nunca entrarían hombres a nuestra habitación.

Mi madre trabajaba, con el orden mental de un burócrata, ocho horas por cinco turnos semanales. De diez de la noche a seis de la mañana. De la noche del martes al amanecer del domingo. Nunca ganó mucho.



Sus ingresos provenían de fichar bailes y copas. Siempre se vanaglorió de ser una prostituta con un código de acero y su regla principal consistía en no realizar coitos a cambio de un pago (“yo bailo”, decía cuando, profundamente alcoholizada, nos pedía perdón; “yo bailo”, y hacía, como si fuéramos bebés incapaces de entender sus palabras, la mímica de mover su cadera mientras colocaba una de sus manos sobre el vientre y la otra en el aire junto a la oreja). Hoy pienso que se trataba de una regla inoportuna, incluso impracticable. Supongo sin embargo que, más que un ejercicio de moral y buenas costumbres, lo que había en estas ideas era un resabio de militancia sindicalista herencia de la participación de mi abuelo Marcelino en el movimiento ferrocarrilero de fines de los 50.

Mamá volvía a nuestro cuarto al amanecer. Por lo regular, ebria. Me estrechaba contra su pecho e intentaba dormir algunas horas. Yo, despierto, esperaba a escuchar sus ronquidos para escabullirme por entre sus manos de uñas larguísimas y salir de la habitación hasta la calle procurando evitar el chirrido de la puerta metálica, los regaños del conserje y la presencia de las otras mujeres pintarrajeadas y chillonas cuyos gritos y obscenidades



escuchaba al otro lado de la hilera de puertas que daban a los cuartos de fornicio: *pinche puta culera culopronto lambegüevos jija de un pito blando si así como eres mamavergas fueras buena para lavarte la pancha*. Caminaba a través de un estrecho pasillo que conducía por un costado del rojizo antro hasta la calle, o mejor dicho hasta el baldío rodeado de malla ciclónica que había junto al prostíbulo. Un estacionamiento (a esa hora vacío de automóviles) donde los cantineros y meseros improvisaban diariamente, ojerosos y pintados de sudor, una virtuosa cáscara de fut.

Al principio todos malquerían mi condición de espectador. Apenas me descubrían, los jugadores frenaban las hostilidades para informar al encargado que ahí estaba de nuevo el cabrón chamaco de la Mary, espiándolos. El encargado despertaba a mamá y amenazaba con corcernos. Mamá me llevaba de regreso al cuarto, conteniendo el llanto, de seguro con ganas de golpearme. Nada más decía:

-Hijito, por favor, pórtate bien, cuídame cuando duermo, ¿qué no ves que estoy sola?...

Yo nunca obedecí.



Al paso del tiempo y con tal de no interrumpir las acciones (un partido de fut con tiempos fuera es un rollo de grabados orientales reducido a postales de Hallmark) los jugadores se resignaron a tenerme en calidad de público. Para disimular mi ilícita presencia, el encargado terminó por pararse a mi lado y ver el encuentro. Luego algunas mujeres - entre ellas mi mamá- aparecían de tanto en tanto alrededor de la malla ciclónica. No tardaron en surgir los gritos de ánimo, las apuestas, la cerveza matutina.

Un día el chaparro Mel fue a ver al encargado con una petición comunitaria:

-Ya estamos bien entrenados, don. Lo queremos de padrino. Queremos que nos inscriba en la liga municipal.

Así nacieron Los Madrugeros del Zombi (Zombi era el nombre artístico del establecimiento). En su papel de patriarca, el encargado pagó las inscripciones, las fotos de las credenciales y el costo de unos bellísimos uniformes en guinda y blanco que se descosían por completo a cada juego. El Ciclón vino una tarde a ver a mi mamá (desde el pasillo, por supuesto) y le explicó que, como yo los seguía mucho y les echaba porras, él me había

propuesto como mascota del equipo. Era un pretexto para ligársela. No me importó: recuerdo solamente la emoción febril de haberme parado ante el espejo vistiendo mi primer uniforme de fut.

Los Madrugueros ganaron el campeonato municipal. Poseían lo necesario para ser una aplanadora: entrenamiento diario a una hora temprana y estricta, voluntad enfermiza de destacar en algo, prohibición de beber casi todas las noches, un disciplinado rencor, adiestramiento para hacer chapuza en equipo... Tenían también, por supuesto, la porra más provocativa y desconcertante del torneo.

Infatuados por el éxito, usaron su derecho de campeones (un derecho que las autoridades locales intentaron escamotearles por todos los medios, ofendidas ante la idea de que Lázaro Cárdenas jugara contra el resto de Michoacán representada por una caterva de carteristas, sacaborrachos y padrotes) para inscribirse en la liga estatal. Para mayor escándalo, se cambiaron el nombre: ahora serían Los Madrugueros del Balsas.

-Pues ya no representan a un humilde congal -declamó el encargado en elegante ceremonia realizada en torno de la barra del tugurio-, sino al



mismísimo y caudaloso río que transcurre a un costado de nuestra ciudad amada, junto a la planta acerera más grande y próspera de México.

Ahí (como suele suceder con el país tras los mejores discursos del Presidente en funciones) se fue todo por el tubo.

Los Madrugueros descubrieron muy tarde que, para lucir en la estatal, hacía falta verdadero patrocinio; dinero. Era necesario viajar dos veces al mes para jugar de visitante, lo que implicaba ausentarse del trabajo y por lo tanto perder las propinas. No siempre había que ir muy lejos pero Michoacán es grande: en ocasiones los trayectos duraban hasta cuatro y cinco horas. Había también que comprar comida, pagar gasolina, pernoctar. No era fácil conseguir hospedaje para trece o catorce personas en los pueblitos más pequeños del estado. Sin contar con que nunca faltaría un ranchero desconfiado que sacara la Magnum antes de escuchar los buenos días si alguien traspasaba accidentalmente los predios clandestinos de su propiedad.

Otra complicación consistía en la logística de transporte. Si se perdía el encuentro, las mutuas recriminaciones hacían temerario que algunos jugadores regresaran a casa juntos. Si se ganaba, era perentorio contar con

al menos un vehículo amplio, de buen motor y fácil maniobra, pues los porristas locales, habituados a la Ley de la Sierra, nunca se andan por las ramas. Sobraban escupitajos, baños de agua, pedradas, botellazos... Nunca faltó el espectador que sacaba su machete y amagaba las gónadas de nuestro centro delantero.

Si tocaba jugar de locales, el problema era aún mayor. Al no contar con el apoyo de la liga municipal ni de ningún otro equipo lazarense, los Madrugueros (después de todo habían humillado en la cancha a ejecutivos de banco, maniobristas de altos hornos e ingenieros graduados en el Tec de Monterrey) carecían con frecuencia de campo donde recibir. Alguna vez se atrevieron a improvisar un partido de tirada corta en el estacionamiento donde entrenaban. Marcaron con cubos de agua los mojones de cada portería. La comisión estatal del deporte los multó y falló juego perdido por default.

El apoyo financiero se extinguió. La porra entró en desbandada. Los jugadores fueron desertando paulatinamente. A veces se presentaban solamente nueve o diez y teníamos que sobornar al árbitro para que no



anulara el encuentro. Mi madre y yo seguíamos siendo los más constantes. Ella entendía lo que el equipo significaba para mí y jamás le dio la espalda a mi antojo.

Así llegó el último juego del torneo. Saltamos a la cancha en Maldemillares, comunidad de apenas unos cientos de habitantes. Fue una cáscara deprimente porque ya todos sabíamos que el equipo estaba descalificado y solo se trataba de completar, por trámite, la última fecha del calendario deportivo. Ni siquiera yo tenía el ánimo suficiente para echar porras o besar la camiseta de mi percutido uniforme. El partido terminó 3 a 1. Los lugareños, conscientes de nuestro sitio en la tabla, se mostraron piadosos: fuimos invitados a la fiesta del pueblo.

Era 2 de noviembre. Pese a estar en Michoacán, la celebración no se parecía a ninguna de esas fanfarronadas folkloesquizoides que le endilgan a uno en las escuelas públicas: ni altares mortuorios ni veladoras ni platitos de tamales ni crucecitas de sal. En lugar de eso, niños con acento chicano pidiendo halloween entre las milpas y los establos, y viejecitas rezando el rosario con el rostro cubierto por rebozos negros y maquillaje Avon, y



señores en Ramblers fumando mariguana o bebiendo charanda al son de las canciones de Led Zeppelin o Los Cadetes de Linares...

Lo único extraordinario fueron las calaveras de azúcar. No recuerdo haberlas conocido hasta entonces. Tenían escritos nombres en la frente. El Ciclón, rastrero como era, le trajo a mamá una que decía “Mary”. Yo me encelé. Mamá, para consolarme, me obsequió la golosina. Con un poco de rabia y otro poco de gula, me la eché entera a la boca y la pulvericé de dos muelazos. Sabía horrible. Como a inyección. Quiero decir: como al olor a alcohol de las torundas que me untaban en las nalgas cuando iban a inyectarme.

Volvimos a Lázaro aquella misma noche, apoltronados en la parte trasera de una pick up. Algunos Madrugueros cantaban a coro, bajito, una canción de Rigo Tovar: dónde te has ido, mujer, no lograrás encontrar otro cariño como este.

Yo me quedé dormido con su arrullo.

Soñé ser uno de ellos. Soñé que mi madre me besaba en la boca. Me apaciguaba los cabellos y decía: duérmete ya. Me acariciaba con sus manos



delgadísimas, con el filo ligero de sus largas uñas pintadas de un morado intenso, con sus manos blancas como el fósforo, sus manos que sacaban chispas de la oscuridad. Recorrí con mis dedos su brazo hasta llegar al hombro, el cuello, la cara: todo dulce, todo claro, todo hueso. Mamá era una calavera blanca y dura con olor a inyecciones. Una muerta de halloween. Un pelado esqueleto de azúcar.

Me desperté de un brinco, llorando entre los cantantes. Mamá quiso abrazarme pero yo, con los ojos abiertos, seguía viendo en su cara la cara de la muerte. Quise zafarme de ella y saltar de la pick up. Marisela me sujetó con ambos brazos contra su pecho. Me calmó. Me recordó quién era. Lo dijo varias veces:

-Soy yo, Cachito. Soy mami.

Alertado por otros pasajeros, el conductor frenó el vehículo. Nos detuvimos un rato en un recodo del camino. Poco a poco logré tranquilizarme. Le pedí a Marisela que me dejara verle bien el rostro para comprobar que no era La Huesuda. Como estábamos en penumbra, uno de los jugadores sacó su encendedor y le iluminó el semblante con la flama.

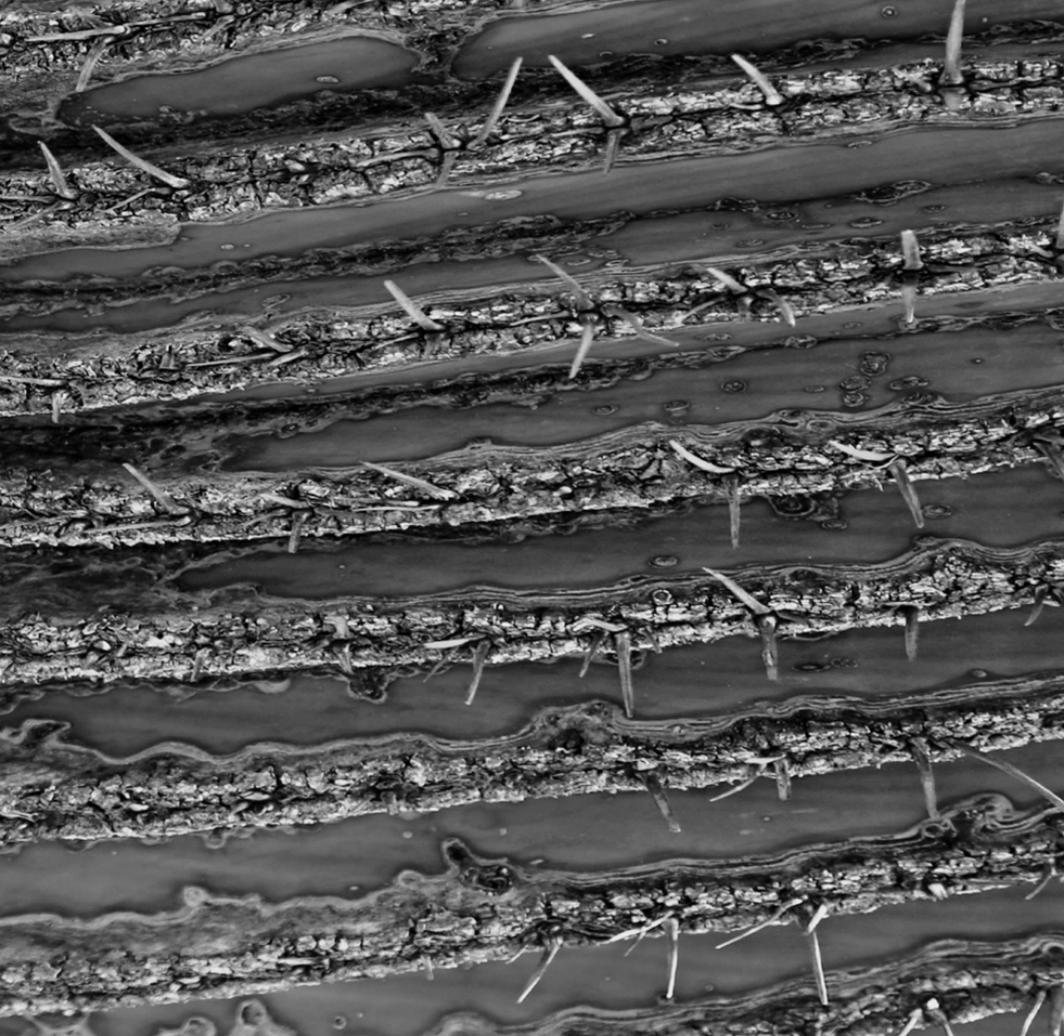


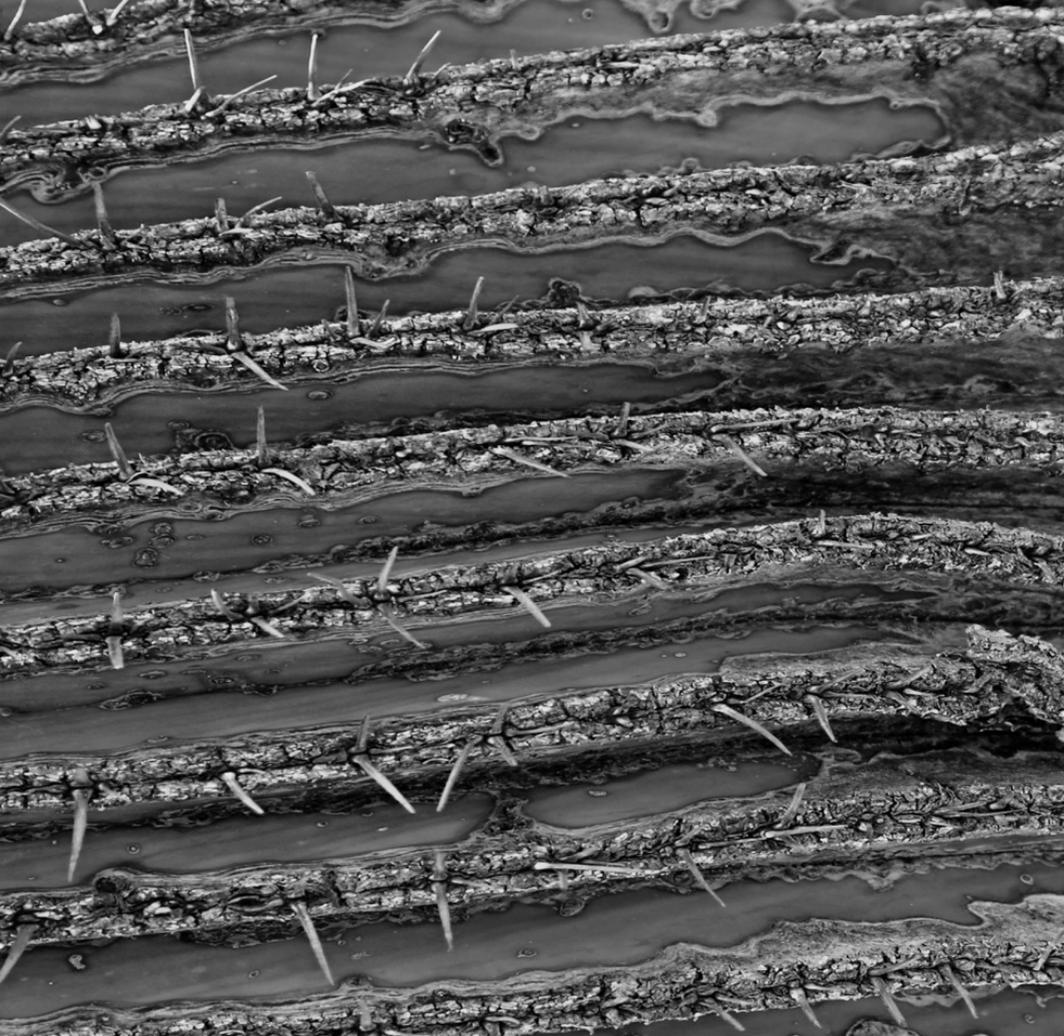
-¿Ves? -dijo ella con voz tranquilizadora-. Soy yo. Normal: con mi carne y mis orejas y mi pelo.

Respiré aliviado y me abracé a su torso. Reemprendimos la marcha. Los viajeros volvieron a cantar. Ahora una de Camilo Sesto: vivir así es morir de amor, por amor tengo el alma herida.

Esa fue la última vez que Los Madrugeros del Balsas jugaron un partido de fútbol.

Al llegar al Zombi, mamá arregló la cama y me dio un baño y me arrulló. Luego se duchó y comenzó a maquillarse para salir a trabajar aunque fuera solo un rato. Yo la espiaba con los ojos entrecerrados, fingiendo dormir. Me pregunté si su piel no sería simplemente una más de esas capas de pintura en polvo, crema y otras emulsiones que ahora extendía sobre sus párpados, sus mejillas y su boca. Como en *Los Invasores*, el programa de TV donde los aliens se disfrazan de terrícolas: “David Vincent los ha visto”... Me pregunté si mi madre no sería en realidad, debajo de todo ese maquillaje, la mera muerte: la calavera de mis sueños.







MAMÁ LEUCEMIA
(Fragmentos)

No tengo mucha experiencia con la muerte. Supongo que eso podría convertirse eventualmente en un problema de logística. Debí haber practicado con algún primo yonqui o abuela deficiente coronaria. Pero no. Lo lamento, carezco de currículum. Si sucede, debutaré en las grandes ligas: sepultando a mamá.

Un día estaba tocando la guitarra cuando llamaron a la puerta. Era la vecina. Sollozaba.

-Te queremos pedir que ya no toques la guitarra. A Cuquín lo machucó un camión de Coca Cola. Lo mató. Desde hace rato estamos velándolo en la casa.

Yo tenía quince años y era una cigarra. Les corrí la cortesía de callarme. Me puse a cambio, en el walkman, el *Born in the USA*.

Al rato volvieron a llamar con insistencia. Era mi tocayo, hijo de la vecina y hermano mayor del niño difunto. Dijo:



-Acompáñame a comprar bolsas de hielo.

Me puse una camiseta -era verano: en el verano de 47 grados del desierto de Coahuila uno en su casa vive semidesnudo-, salté la reja y caminé junto a él hasta el expendio de cerveza.

Me explicó:

-Está empezando a oler. Pero mamá y papá no quieren darse cuenta.

Compramos cuatro bolsas de hielo. Al regreso, mi tocayo se detuvo en la esquina y comenzó a llorar. Lo abracé. Nos quedamos así un rato. Luego alzamos del suelo las bolsas y lo acompañé a su casa. Del interior de la vivienda salían llantos y gritos. Le ayudé con los bultos hasta el porche, di las buenas tardes y volví a mis audífonos.

Recuerdo hoy el suceso porque algo semejante me ocurrió la otra noche. Salí a comprar agua al Oxxo frente al hospital. De regreso noté a un peatón sorteando a duras penas el tráfico de la avenida. En algún momento, poco antes de llegar hasta donde yo estaba, el peatón se detuvo entre dos autos. Los cláxones no se hicieron esperar. Dejé sobre la acera mis botellas de agua, me acerqué a él y lo jalé hasta la banqueta. En cuanto



sintió mi mano, deslizó ambos brazos alrededor de mi tórax y se largó a llorar. Murmuraba algo sobre su “chiquita”; no supe si se trataba de una hija o una esposa. Preguntó si podía obsequiarle una tarjeta telefónica. Se la di. Hay algo repugnante en el abrazo de quien llora la pérdida de la vida: te sujetan como si fueras un pedazo de carne.

No sé nada de la muerte. Solo sé de la mortificación.

En mi último año de adolescencia, a los 16, hubo un segundo cadáver en mi barrio. Tampoco me atreví a ver su ataúd porque, incluso ahora, conservo la sensación de haber formado parte de un azaroso plan para su asesinato. Se llamaba David Durand Ramírez. Era más chico que yo. Murió un día de septiembre de 1987, a las ocho de la mañana, de un tiro realizado con escuadra automática calibre 22. Su desgracia influyó para que mi familia emigrara a Saltillo y yo estudiara literatura y eligiera un oficio y, eventualmente, me sentara en el balcón de la leucemia a narrar la historia de mi madre. Pero para explicar cómo marcó mi vida la muerte de David Durand, tengo que empezar antes: varios años atrás.

Todo esto sucedió en Ciudad Frontera, un pueblo de unos treinta mil



habitantes surgido al amparo de la industria siderúrgica de Monclova, Coahuila. Mi familia vivió en ese lugar sus años de mayor holgura y también todo el catálogo de las vejaciones.

Llegamos ahí tras la ruina de los prostíbulos en Lázaro Cárdenas. Mamá nos trajo en busca de magia simpática: pensaba que en ese pueblo, donde también se erigía una fundición acerera, regresaría a nuestro hogar la bonanza de los tiempos lazarenses anteriores a la ley seca.

Al principio no se equivocó: en un prostíbulo llamado Los Magueyes conoció a don Ernesto, un anciano ganadero de la zona. Él empezó a frecuentarla como a una puta cualquiera pero al paso de los meses se dio cuenta de que mamá no era tonta: leía mucho, poseía una rara facilidad para la aritmética y, suene esto a lo que suene, era una mujer de principios inquebrantables. Era, sobre todo, incorruptible respecto de las finanzas ajenas, algo que en este país lo vuelve casi extranjero a uno.

Don Ernesto la contrató como sus ojos y oídos en un par de negocios: otro prostíbulo y la gasolinera del pueblo. Le ofreció un sueldo justo y un trato afectuoso. Lo que no evitaba que, de vez en cuando, luego de cuatro



tequilas, procurara meterle la mano bajo las faldas, afanes que ella debía sortear sin perder el trabajo ni la compostura.

Marisela Acosta estaba feliz. Organizó a sus hijos para que se cuidaran los unos a los otros con tal de no dilapidar más dinero en nanas neuróticas. Rentó una casa con tres recámaras y un patiecito. Adquirió algunos muebles y una destartalada Ford azul cielo. Trajo tierra negra cultivada en Lamadrid y con ella sembró, al fondo del solar, un pequeño huerto de zanahorias que no crecieron nunca. El nombre de nuestro barrio era ominoso: El Alacrán. Pero por cursi que suene (y sonará: ¿qué más podría esperarse de una historia que transcurre en la Suave Patria?), vivíamos en la esquina de Progreso y Renacimiento número 537. Ahí, entre 1980 y 1982, sucedió nuestra infancia: la de mi madre y la mía.

Luego vino La Crisis del Perro y, dentro de mi panteón infantil, José López Portillo ingresó a la posteridad (son palabras de mi madre) como El Gran Hijo de Puta. Don Ernesto quebró en los negocios suburbanos. Se volvió a su ganado y despidió a Marisela. Mantuvimos montada la casa pero empezamos a trashumar de nuevo: Acapulco, Oaxaca, Sabinas,



Laredo, Victoria, Miguel Alemán... Mamá intentó, por enésima vez, ganarse el sustento como costurera en una maquiladora de Teycon que había en Monterrey. La paga era criminal y la contrataban a destajo, dos o tres turnos por semana. Siempre terminaba regresando a los prostíbulos diurnos de la calle Villagrán, piqueras sórdidas que a media mañana se atiborraban de soldados y judiciales más interesados en las vestidas que en las mujeres, lo que le daba a la competencia un aire violento y miserable.

Pronto fue imposible seguir pagando la renta de la casa. A finales del 83 nos desahuciaron y embargaron todas nuestras posesiones. Casi todas: a petición expresa, el actuario me permitió sacar algún libro antes de que la policía trepara los triques al camión de la mudanza. Tomé los dos más gordos: las obras completas de Wilde en edición de Aguilar y el tomo número 13 de la *Nueva Enciclopedia Temática*. La literatura siempre ha sido generosa conmigo: si tuviera que volver a ese instante sabiendo lo que sé ahora, escogería los mismos libros.

Pasamos tres años de miseria absoluta. Mamá había adquirido una propiedad sobre terrenos ejidales en conflicto pero no poseíamos en ese



solar más que dunas enanas, cactáceas muertas, medio camión de grava, trescientos blocks y dos bultos de cemento. Erigimos un cuartito sin cimientos que me llegaba más o menos al hombro y le pusimos láminas de cartón como techo. Entrábamos a nuestro hogar a gatas. No teníamos agua ni drenaje ni luz. Jorge dejó la prepa y encontró trabajo paleando nixtamal en la tortillería de un comedor industrial. Saíd y yo cantábamos en los camiones a cambio de monedas. Mamá -que para entonces ya había tenido a Diana, mi hermana pequeña- estaba siempre de viaje.

Al año, Jorge explotó: cogió algo de ropa y se fue de la casa. Tenía diecisiete. Volvimos a tener noticias suyas en su cumpleaños veintitres: acababan de nombrarlo gerente de turno en el hotel Vidafel de Puerto Vallarta. Aclaraba en su carta que era un trabajo temporal.

-Nací en México por error -me dijo una vez-. Pero un día de estos voy a enmendarlo para siempre.

Lo hizo: a los treinta años emigró a Japón.

No puedo hablar de mí ni de mi madre sin hacer referencia a esta época. No por lo que tiene de patetismo y tristeza sino porque se trata



de nuestra versión de la espiritualidad: un híbrido entre *Los olvidados* y el *Dahmmapada*. O, mejor y más vulgar: *Nosotros los pobres* en traje de karatecas místicos; *La cámara 36 de Shaolin*. Tres años de pobreza extrema no destruyen. Al contrario: despiertan en uno cierta lucidez visceral.

Cantando en los autobuses intermunicipales que trasladaban al personal de AHMSA de vuelta al archipiélago reseco de pueblos vecinos (San Buenaventura, Nadadores, Cuatro Ciéneas, Sacramento, Lamadrid), Saíd y yo conocimos dunas de arena casi cristalina, cerros negros y blancos, profundas nogaleras, un río llamado Cariño, pozas de agua fósil con estromatolitos y jirafudas tortugas de bisagra... Teníamos nuestro propio dinero. Comíamos lo que nos daba la gana. Decía el estribillo con el que concluíamos todas nuestras interpretaciones: “Esto que yo ando haciendo / es porque no quiero robar”. Aprendimos a pensar como artistas: vendemos una zona del paisaje.

A veces soplaba nuestra versión coahuilteca del simún. Soplaba fuerte y arrancaba las láminas de cartón que cubrían el jacal donde vivíamos. Saíd y yo corríamos entonces detrás de nuestro techo, que daba vueltas y volaba bajito por en medio de la calle.



Entre 1986 (el año del Mundial) y 1987 (el año en que David Durand murió), las cosas mejoraron bastante: rentamos una casa, compramos algunos muebles y reingresamos paulatinamente a la categoría de “gente pobre pero honrada”. Salvo que Marisela Acosta, sin que la mayoría de los vecinos lo supiera, debía acudir cuatro noches por semana a los prostíbulos de la vecina ciudad de Monterrey en busca del dinero con el que nos enviaba a la escuela.

Yo iba al primer año de prepa y, pese al estigma de haber sido un niño pordiosero ante los ojos de medio pueblo, había logrado poco a poco volverme amigo de los Durand, una familia de rubios descendientes de franceses sin demasiado dinero (el padre manejaba un tráiler) pero bastante populares.

Una noche, Gonzalo Durand me pidió que lo acompañara a La Acequia. Iba a comprar una pistola.

Gonzalo era una especie de macho alfa para el clan esquinero que nos reuníamos por las noches a fumar marihuana y piropear a las niñas que salían de la secu. No solo era el mayor: también el mejor para pelear y el



único que contaba con un buen empleo, operador de la desulfuradora en el Horno Cinco de AHMSA. Acababa de cumplir los 19. La edad de las ilusiones armadas.

Los elegidos para compartir su rito de pasaje fuimos Adrián Contreras y yo. Nos enfilamos al barrio de junto en un Maverick 74 con placas gabachas. Primero le ofrecieron un revólver Smith & Wesson (“Es Mita y Hueso”, decía el vendedor con voz pastosa, seguramente hasta el culo de jarabe para la tos). Luego le mostraron la pequeña escuadra automática. Se enamoró de ella enseguida. La compró.

Al día siguiente, Adrián Contreras vino a verme y dijo:

-Sucedió una desgracia. A Gonzalo se le fue un tiro y mató al Güerillo mientras dormía.

La primera imagen que me vino a la cabeza fue ominosa: Gonzalo, sonámbulo, acribillando a su familia... Pero no: Gonzalo salió del turno de tercera y, desvelado y ansioso, se apresuró a llegar a casa, trepó a su litera y se puso a limpiar la pistola a escondidas bajo las sábanas. Una bala había entrado a la recámara. Él, que no entendía de armas, ni se enteró. En



algún momento, la escuadra se le fue de las manos. Tratando de sujetarla, accidentalmente disparó. El proyectil atravesó la litera e impactó el vientre de su hermano pequeño, que dormía en la cama de abajo.

David Durand tendría ¿qué? ¿Catorce años? Una vez se había fugado con la novia. Quesque quería casarse. Los respectivos padres les dieron de cuerazos a los dos. Murió en los brazos de Gonzalo, en el asiento del Maverick, camino al hospital.

Adrián y yo asistimos al sepelio mas no nos atrevimos a entrar a la capilla. Temíamos que en cualquier momento alguien preguntara: “¿pero de dónde sacó este cabrón una pistola?”...

Gonzalo estuvo preso un par de meses. Eso fue lo último que supe de su vida. Mamá, muy seria, dijo:

-Pobre de ti si un día te cacho mirando armas de fuego o juntándote de nuevo con las lacras.

Transcurrió el resto del año. Un día, poco antes de Navidad, mamá llegó a casa muy temprano y aún con aliento alcohólico. Saíd, Diana y yo dormíamos en la misma cama, abrazados para combatir el frío. Mamá



encendió la luz, se sentó junto a nosotros y espolvoreó sobre nuestras cabezas una llovizna de billetes arrugados. Tenía el maquillaje de un payaso y sobre su frente se apreciaba una pequeña herida roja.

Dijo:

Vámonos.

Y así, sin siquiera empacar o desmontar la casa, huimos del pueblo de mi infancia.

De vez en cuando vuelvo a Monclova a dar una conferencia o a presentar un libro. Hay ocasiones en que pasamos en auto por la orilla de Ciudad Frontera, de camino a las pozas de Cuatro Ciénegas o a recolectar granadas en el rancho de Mabel y Mario, en Lamadrid. Le digo a Mónica, mientras circulamos por el libramiento Carlos Salinas de Gortari: “Detrás de este aeropuerto transcurrió mi niñez”. Ella responde: “Vamos”. Yo le digo que no.



III
LA VIDA EN LA TIERRA
(Fragmentos)

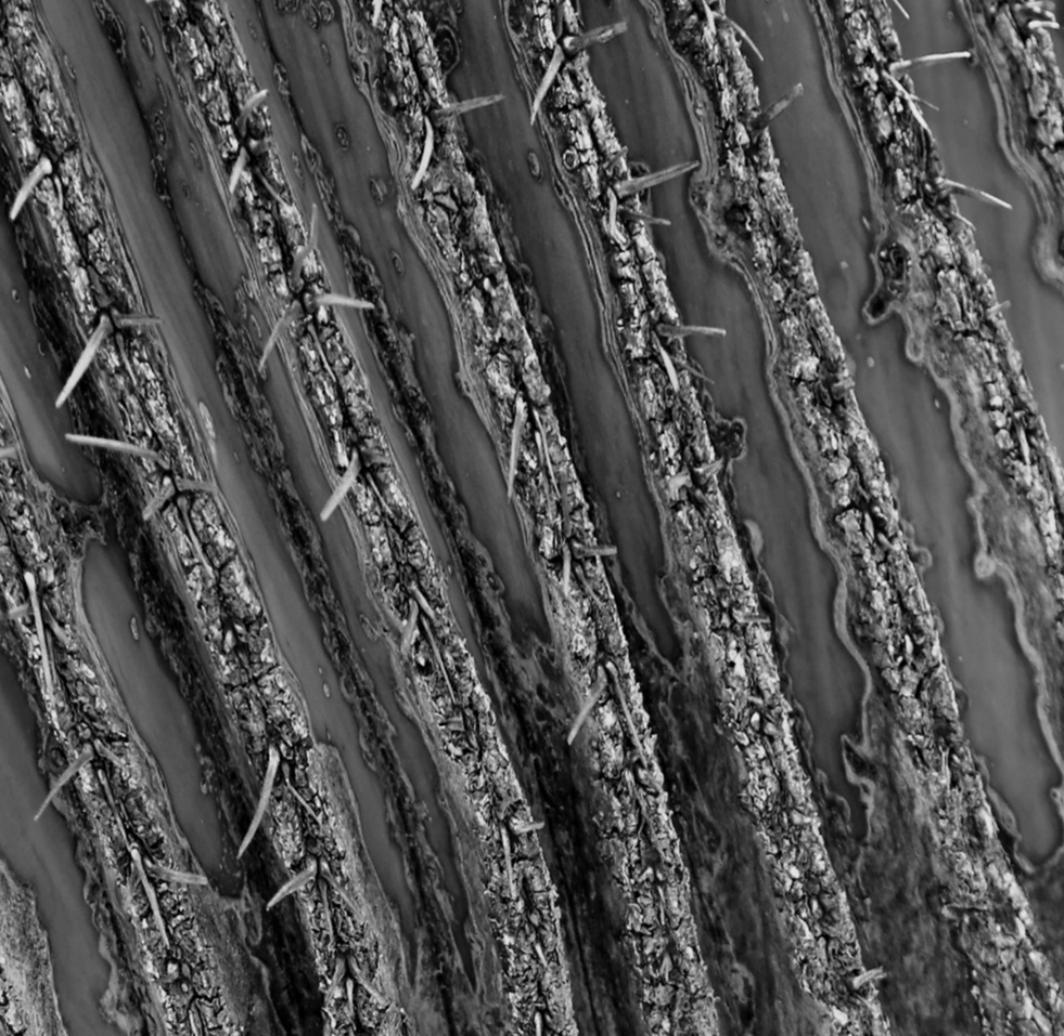
Los mejores aeronautas son las moscas

DAVID ATTENBOROUGH

La muerte de Guadalupe Chávez y de Marisela Acosta fue una versión en fast forward de sus vidas.

En primer lugar, la terquedad: agonizó desde el amanecer hasta las once de la noche.

En segundo lugar, la comedia de errores: tardaron ocho horas en entregarnos el cadáver porque, desde su primer ingreso al Hospital Universitario, un año atrás, alguien había escrito mal sus datos personales: la rebautizaron como Guadalupe “Charles”. Nada fuera de lo común tratándose de mi familia. Tuvieron que hacer dos veces el certificado de defunción. ¿Qué mejor homenaje podría hacerle la burocracia mexicana a una prófuga de su propio nombre?





En tercer lugar el impropio, la socarronería y la violencia. El hombre de la funeraria no pudo subir los restos a su transporte porque había un desnivel entre la defensa del vehículo y la altura de la camilla. Lo intentó varias veces. Empujaba con todas sus fuerzas como si estuviera jugando a los carritos chocones. La camilla rebotaba contra la defensa y el cuerpo de mi difunta madre, envuelto hasta la cabeza por una sábana sucia, temblaba como gelatina. Sentí una mezcla de indignación, pena ajena y risa. El hombre, por su parte, lucía avergonzado y furioso. Recordé algo que me dijeron una vez: “Las personas tenemos palabra de honor, los fierros no”. Finalmente, Saíd y yo nos apiadamos del compungido chofer y lo ayudamos a cargar el envoltorio.

No hicimos ceremonia: la cremamos y ya. Desde hace muchos años, cuando Jorge se fue de casa, yo había recibido instrucciones precisas.

-Aquí, Cachito -dijo borracha de ron y de pena metiéndose al estacionamiento subterráneo de una funeraria-. Me traes y me quemas. Júramelo.

-Te lo juro pero vámonos. Nos van a regañar.



-Júramelo, Cachito. No dejes que me entierren ni que me hagan fandangos. Escondidito, sin avisarle a nadie, vienes y me quemas.

A mediodía nos entregaron las cenizas en una urna rectangular de falso mármol rosa.

Cada quien lo vivió como pudo. Jorge, en Yokohama, salió a caminar en línea recta y no paró hasta que el mar le cortó el paso. Diana, que compartía la casa con Guadalupe, tuvo que refugiarse en un hotel. Saíd, en cambio, parecía iluminado por el dolor; nunca lo vi tan sobrio.

Lo delicioso de los primeros días de luto era el preciso instante de despertar: cuando aún no cobraba conciencia de que mi madre estaba muerta y a la vez podía disfrutar la desaparición de la angustia permanente que durante un año me causó su padecimiento. Luego, casi enseguida, emergía la malsana lucidez: no hay nada más siniestro que la luz.

Entonces nació Leonardo. Todo abismo tiene sus canciones de cuna.



No recuerdo cuando la vi de pie por última vez. Imagino que estábamos en la puerta de su casa. Siempre te acompañaba hasta la salida. No se trataba de cortesía sino de que era lenguaraz: hablaba y hablaba. Era imposible callarla. Tenías que empezar a despedirte por lo menos con media hora de anticipación. Decía, justificándose:

-Tú tienes la culpa, nunca vienes. Tengo muchas cosas que contarte.

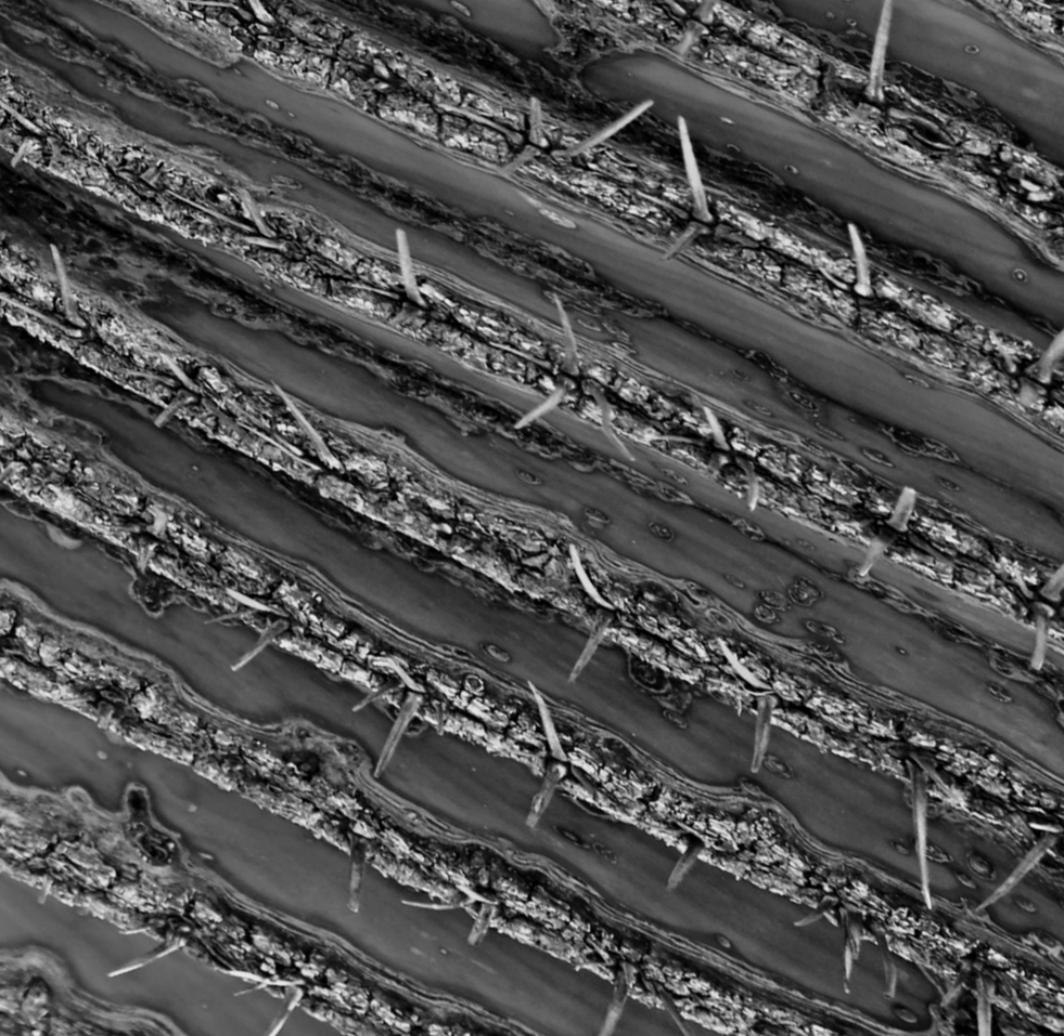
La verdad es que repetía lo mismo ochenta veces. Toda la vida aborrecí que fuera tan parlanchina. Sin embargo, lo que hizo que me derrumbara sobre el piso cuando el doctor vino a avisarme que finalmente había muerto fue la simple revelación de que nunca más escucharía su voz.

Durante la última semana nos telefoneábamos a diario: quería estar al tanto del parto. El 9 de septiembre por la noche la escuché toser feamente al otro lado de la bocina.

-Vamos al doctor.

-Sí -dijo-. Pero esperémonos a la mañana. De todos modos tengo cita para la evaluación.

Diana llamó a las tres de la madrugada para avisar que iban saliendo





de emergencia al hospital. Mónica y yo las alcanzamos allá. Cerca del amanecer, llegaron también Saíd y Norma.

La ingresaron a terapia intensiva. Tenía las plaquetas por el piso y el líquido pulmonar que nunca aspiraron amenazaba con colapsar sus vías respiratorias. No fue culpa de nadie. Estaba simplemente deshecha: un año de virus y veneno es demasiado para un organismo cuyo único imperio ha sido asimilar toda clase de golpes.

A mediodía nos confirmaron que estaba agonizando.

-Les recomiendo despedirse -dijo Valencia-. Le quedan pocas horas.

Mis hermanos pasaron a verla por turnos.

-Váyanse -dije después-. Yo les aviso.

Me correspondía ese papel.

Esperé a que todos, incluida Mónica, salieran del hospital. Tenía que estar solo: no habría tolerado que nadie me tocara después de entrar a verla.

Ingresé a la sala de terapia intensiva. La enfermera me señaló un cubículo a la izquierda. Corrí la cortina. La tenían conectada a más fierros



y lucecitas de colores que nunca. Una mascarilla de plástico transparente le cubría la boca. Ya no tenía mirada.

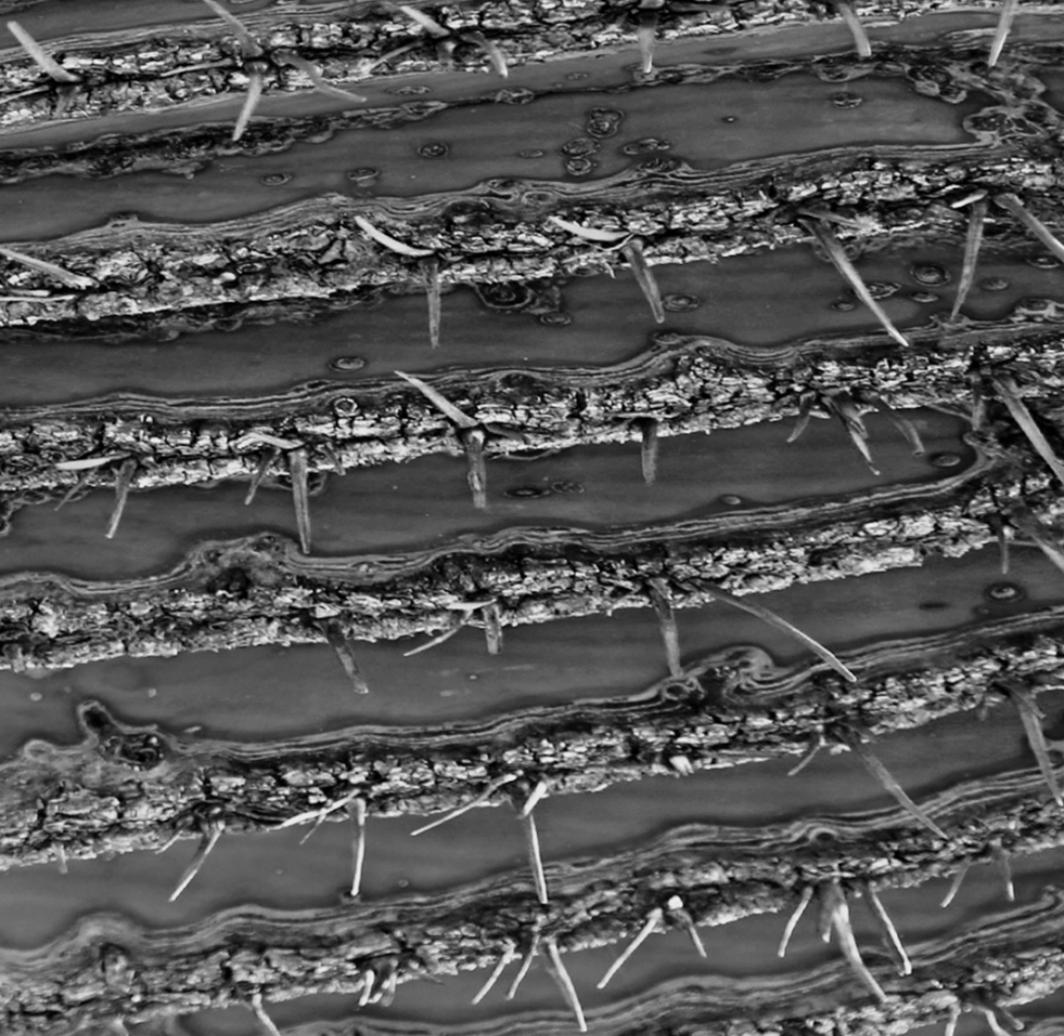
No había nada que decir: habíamos tenido un año entero de dolor lúcido.

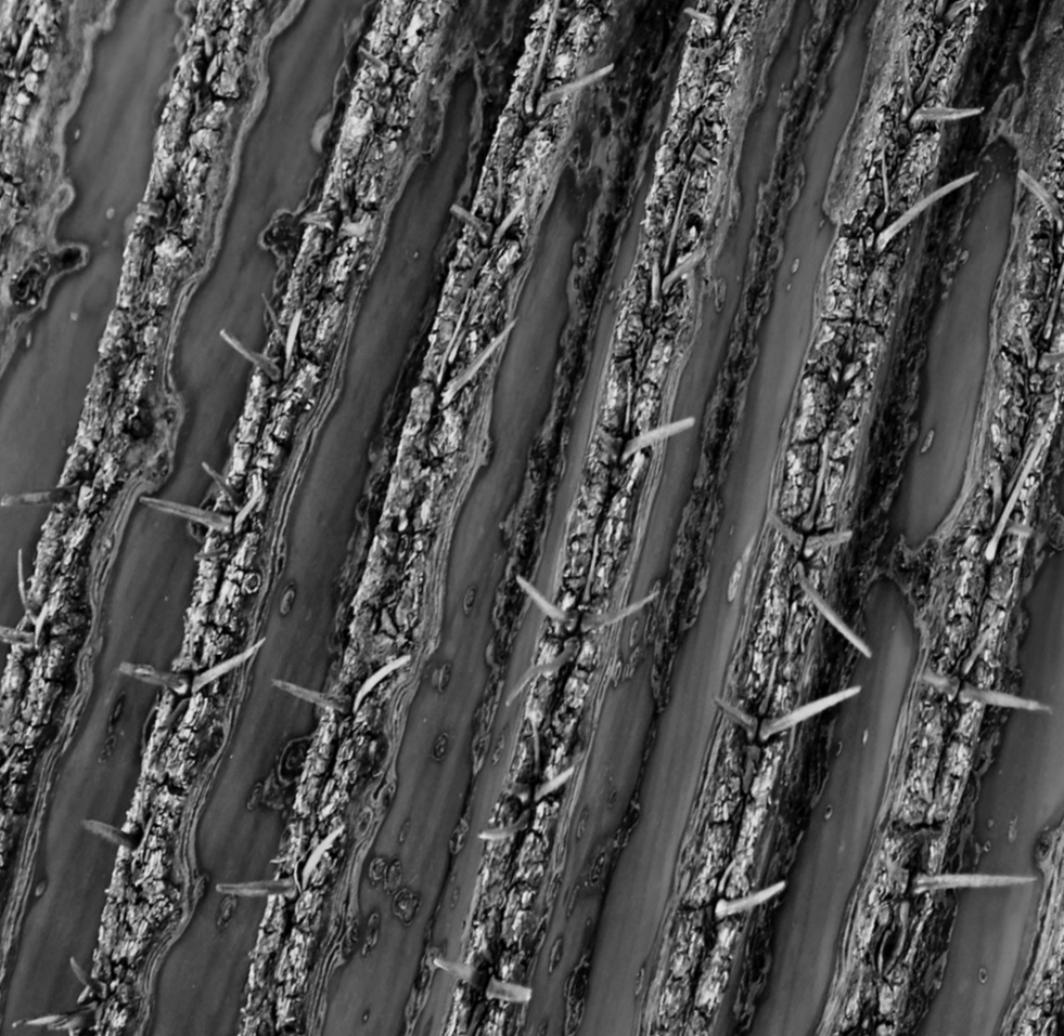
Por si las dudas, se lo dije. Dije:

-Te amo. Soy el hijo de mi madre.

Apenas pudo apretar mi mano con la suya. Era un apretón sin agradecimiento, sin resignación, sin perdón, sin olvido: solo un perfecto reflejo de pánico. Ese fue el último ladrillo de educación que me legó Guadalupe Chávez. El más importante de todos.

*Hospital Universitario de Saltillo,
octubre de 2008 / Lamadrid, Coah., marzo de 2011*







Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**
Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**
Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**



Julián Herbet. *Canción de tumba (Fragmentos)*, de la serie Voz Viva de México (VVM - 139) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 22 de febrero 2019, en Integra División Pop, S.A. de C.V., Negra Modelo No 4 Bodega A, Col. Cervecería Cuauhtémoc, Naucalpan, Estado de México, C.P. 53330.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.